

distinta y heterogénea de las creencias religiosas protestantes, ó mas bien, de los errores del protestantismo, sacando para sí la recta conclusion de que, ó todas las religiones absolutamente son falsas, ó solamente una hay que pueda ser verdadera, y que ésta debe ser aquella que se cimente y se desarrolle sobre la base de la fé. De aquí dedujo que todo hombre que discurre, debe necesariamente ser en materia de religion, ó católico perfecto, esto es, romano, ó ajeno de toda religion, flotando en el vacío del racionalismo ó del naturalismo filosófico. Por desgracia, si el Dr. Berendt conoció la absurdidad de las religiones disidentes de la católica, y tuvo la fuerza suficiente para abandonar en su consecuencia el protestantismo en que habia nacido, no tuvo toda la virtud necesaria para renunciar tambien las preocupaciones del *naturalismo*; de modo, que abandonando como absurdas y despreciables las religiones falsas y no abrazando la única que era apreciable y verdadera, aun segun su juicio privado, quedóse sin religion alguna. Cuando nosotros le tratamos en el año próximo pasado (1868), se hallaba en este estado, que podemos llamar de transicion; y al ver que no por esto pertenecía al número de esos *filósofos* vulgares que hacen gala de su irreligiosidad, sino que al contrario, lleno siempre de modestia, y sobre todo, de buena fé en sus discursos, llegamos á creer, y así se lo indicamos, que él no moriría sin llegar á ser católico; lo cual le llenó de placer muy sincero, diciéndonos de su parte, que otro tanto habia tenido el gusto de oír en Nueva York, de un Padre Jesuita, á cuya direccion habia puesto él mismo la conciencia de un niño de la raza de los Lacandones que tenia en su poder,

y á quien procura encaminar católicamente, lo mismo que ha practicado respecto de su esposa y de sus hijos, segun ántes hemos indicado. Como no puede ser verdaderamente feliz el que no es católico, deseamos ardentemente que el Dr. Berendt se convierta al catolicismo.

Habiendo tenido parte en una revolucion política de su país, no por eso el Dr. Berendt fué del número de los exaltados demagogos. Cuando en el congreso revolucionario de Francfort de 1848 á que fué diputado, se trató con calor de abolir la nobleza de un modo violento y precipitado, él dijo á sus cólegas: "Si pretendéis establecer de una manera juiciosa la igualdad política de los ciudadanos, no os preocupeis en quitar, precisamente por esto, la nobleza, cuyos individuos tienen yá sus títulos como nombres propios generalmente reconocidos, pues aparte de la libertad que debemos suponer en cada uno para denominarse como quiera, no debeis bajar á los nobles á la condicion del comun del pueblo, sino mas bien elevar á todos hasta la altura de los nobles, decretando la libertad absoluta de usar los títulos. Entónces vereis cómo, sin conmocion alguna, la nobleza queda abolida."

Emigró de su patria á los Estados Unidos de Norte América en 1851; y desde 1853 ha viajado repetidas veces por México y Centro América, deteniéndose especialmente con motivo de sus estudios filológicos, en Guatemala, Tabasco y Yucatan.

Es miembro nato de varias sociedades científicas, y corresponsal de otras muchas, así en América como en Europa, honrándose aquellas corporaciones de contarle entre sus asociados, utilizando, ademas, sus incessantes trabajos sobre la lingüística, la etnología, la historia, la estadís-